

TUNÍA: UN RINCÓN PARA VOLVER A VIVIR

La fría Panamericana que une al sur del continente, no permite ver a su paso el pequeño rincón que se encuentra escondido en las estribaciones de la cordillera central. Pequeño y apacible, bañado de quebradas, manantiales y arroyos, de aguas danzarinas que permiten que la vida de sus habitantes sea tranquila, donde el tiempo parece detenerse, condiciones que pocas veces se encuentran en una población. Acostumbrados a la ruidosa modernidad, de carros, motos y pitos, y el desenfado de los habitantes de las grandes y medianas ciudades, el irrespeto al ser, hacen que encontrar un remanso de paz, tranquilidad y naturaleza, se le entre a uno a borbotones por los ojos, para llegar a acariciar el alma. Pocas poblaciones tienen ese encanto, sus habitantes se acostumbraron a reír, y en sus rostros se percibe, la tranquilidad de VIVIR BIEN, sí con mayúsculas, disfrutar de un aire sin contaminación, agua aún pura, el cultivo de flores que los han hecho reconocidos, el aroma del café y la dulzura de la miel que se coloniza en panales, el verde de sus cultivos, y las imponentes montañas que lo rodean, hacen un marco pintoresco, una Suiza a la colombiana.

Tunía, tiene el encanto de lo no contaminado, su gente vive de la artesanía, desarrolla su ingenio en la más importante escuela de teatro que se tiene en el Cauca, y quizá... en el sur occidente colombiano, dirigida por un hombre que llegó para quedarse, Phanor Terán, los contagió de ese amor por el arte, y les enseñó a los niños y adultos, a expresar con su cuerpo lo que sienten sus almas. La música se encuentra en cada hogar, cada casa tiene un miembro de la banda, o de la orquesta, o de la chirimía, o son parte de uno de los tríos musicales que amenizan las fiestas locales, familiares o los eventos a donde llegan, con su arte melodioso. Debo confesar que este derroche de talento, es el

sonido de la flauta y la quena en las estribaciones de los Andes, tocado por nuestros indígenas y campesinos, donde sus notas se enredan con el quejido del viento y la esperanza de la vida... y de la paz, y el futuro promisorio que vendrá. Es particular ver a la gente y a sus ancianos, contar las historias de antaño, en la delicia de la tradición oral, sobre todo, porque ahí, la gente decidió morirse de vieja, son muchos los habitantes que pasan de los ochenta, y llegan a más de cien como la señorita Carmen Rosa Quintana Bolaños, que falleció hace poco, de 106 años, personaje de la población, o la querida y recordada líder política y gran dirigente social doña Amalia Bolaños de Quintana, quien partió a la eternidad con más de 90 años, después de haber dejado pedazos de vida en cada esquina de su pueblo. Hablar de Tunía me emociona, es una población bella y apacible, de gente buena, hospitalaria y generosa, sabedores de lo que poseen y el valor que representa, como cuando se opusieron a que la línea del ferrocarril pasara por su corregimiento, visionaron el desarrollo, pero también, la invasión de comerciantes y gentes de todas partes, que pondrían en riesgo la calidad de vida de su pequeño rincón.

La Panamericana pasa, por un lado, pero no avasalló su belleza escondida, sigue sin ser tocada por la agresión del comercio, o la mal llamada modernidad. Conservar este bálsamo para el alma es una obligación de los tunianos y caucanos, mostrarlo a visitantes pintado de colores, enaltecendo sus saberes, es su presente. Tunía es una ruta de religiosidad y una comunicación directa con el espíritu de Dios.

GRACE PATRICIA GALLEGU SUÁREZ.
Escritora, Poeta y Cronista de Diferentes Medios
Funcionaria y Administradora Pública.